

LIBRO CUARTO

SUMARIO

Peligro de extender demasiado el frente del ejército.—Elección del terreno según sea el enemigo más ó menos numeroso.—Debe elegirse el sitio más alto, procurando que no ofendan el sol y el viento.—Cómo se ha de ordenar el ejército cuando es inferior al enemigo en caballería.—Por qué los buenos generales oponen la parte más fuerte de su ejército á la más débil del enemigo y á la más vigorosa de éste la menos resistente suya.—Ejemplo de Scipión contra Asdrúbal.—De cómo se envuelve al enemigo, teniendo ejército más numeroso que el suyo.—Manera de asegurar la retirada.—Ataque al enemigo por el flanco.—Annibal y Scipión ordenaban de distinto modo su ejército.—Por qué Scipión ponía los astorios en los extremos de la línea de batalla.—Carros con hoces de los asiáticos.—De cómo se defendió Sıla contra Arquelao.—Estratagemas, asechanzas y demás recursos de esta índole.—Ejemplos antiguos y modernos.—Dificultades para contener un ejército en fuga y obligarle á pelear.—Procedimientos empleados por los grandes capitanes.—De cómo, venciendo, se debe sacar el mejor partido de la victoria y, vencido, hacer que la pérdida sea menos dañosa.—Formación del ejército en cuña y manera de contrarrestarla.—Precauciones que debe tomar un general antes de empeñar la batalla.—No ha de empeñarla sino por necesidad ó con manifiesta ventaja.—Ejemplos tomados de los más famosos capitanes de la antigüedad.—Debe llevar consigo un consejo de hombres peritísimos en la guerra.—No puede evitarse la batalla si el enemigo está resuelto á combatir.—Ejemplos.—Cómo se contiene á los soldados deseosos de combatir aun con desventaja; cómo se les alienta cuando no quieren pelear.—De las arengas militares.—El buen general debe saber hablar á los soldados.—La religión sirve para predisponer bien los ánimos en el ejército.—Ejemplos.—Ventaja de poner á los soldados en la necesidad de combatir.—Confianza en el general.—Amor á la patria.

Luis.—Puesto que bajo mis órdenes acaba de ganarse una victoria tan honrosa, me parece prudente no tentar

más á la fortuna, sabiendo cuán inestable y caprichosa es. Abdico, pues, la dictadura y dejé á Zanobi el cuidado de preguntar, por corresponderle, siguiendo el orden de edad. Bien sé que no rehusará este honor, ó, mejor dicho, este trabajo, primero por complacerme y además porque, siendo naturalmente más valeroso que yo, no temerá acometer una empresa en la cual lo mismo puede vencer que ser vencido.

Zanobi.—Haré lo que me digáis, aunque preferiría seguir de oyente, pues me han agradado más vuestras preguntas que las que me ocurrían al escuchar la conversación. Perdonad, señor Fabricio, si con nuestros cumplimientos os hacemos perder tiempo y consumir la paciencia.

Fabricio.—Me causáis, al contrario, gran placer, porque el cambio de personas encargadas de preguntar me da á conocer vuestro ingenio y vuestras respectivas aptitudes. ¿Os queda alguna duda respecto al asunto tratado?

Zanobi.—Dos preguntas deseo haceros antes de pasar á otra cosa. La primera que nos digáis si hay alguna otra manera de organizar los ejércitos, y la segunda qué precauciones debe tomar un general antes de empeñar la batalla y cómo se remediarán los accidentes ocurridos durante la lucha.

Fabricio.—Procuraré satisfaceros. No respondo separadamente á ambas preguntas, porque, al hacerlo á una de ellas, observaríais que lo hago también á la otra.

Ya os he dicho que al proponeros determinado orden de batalla se podían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigo y la naturaleza del terreno aconsejaran, porque en tales casos se procede conforme al enemigo y al sitio. No olvidéis, sin embargo, que lo más peligroso es dar demasiada extensión al frente del ejército, como no se cuente con numerosa y valerosísima

tropa. En caso contrario, conviene preferir la línea de batalla profunda y poco extensa á la larga y débil. Cuando vuestras fuerzas sean inferiores á las del enemigo, se han de buscar también otras defensas, como la de apoyar el ejército en un río ó un terreno pantanoso, para evitar ser envuelto ó resguardar sus flancos con fosos, como hacía César en las Galias.

En general se debe alargar ó estrechar el frente de batalla, según el número de vuestras fuerzas y de las del enemigo; si las de éste son inferiores deben preferirse las llanuras extensas, sobre todo si el ejército está bien disciplinado, á fin de poder, no sólo desplegar cómodamente las líneas, sino también envolver al enemigo, pues en terreno desigual y montañoso, donde sea imposible desarrollar las fuerzas, ninguna ventaja produce la superioridad de éstas. De aquí que los romanos casi siempre buscaban terreno llano para pelear y se apartaban del montañoso.

Debe hacer lo contrario el que tenga pocas tropas ó mal ejercitadas, pues necesita pelear en posiciones donde el corto número pueda resistir ó la falta de experiencia no perjudicar.

Conviene también ocupar el sitio mas elevado, para acometer con más violencia, pero cuidando que no sea al pie de una montaña ó de sus estribaciones, por donde pueda venir el ejército contrario, porque, en tal caso, su artillería te ocasionará cómodamente mucho daño, sin que puedas evitarlo ni contrarrestarla con la tuya, á causa de la posición más elevada en que se encuentra.

También debe procurar quien va á dirigir una batalla que ni el sol ni el viento hieran de frente á sus soldados, porque uno y otro perturban la vista, aquél con los rayos y éste con el polvo. El viento además contrarresta el ímpetu de las armas arrojadas, disminuyen-

do la violencia del golpe. En cuanto al sol, no sólo hay que evitar hiera de frente al prepararse al combate, sino también que esto suceda cuando avance el día, para lo cual conviene tenerlo á la espalda al formar en batalla, á fin de que transcurra el mayor tiempo posible antes de dar de frente. Esta precaución la tomó Aníbal en Canas y Mario en la batalla contra los cimbrios.

Si vuestro ejército fuera muy inferior en caballería, formadlo entre viñas, árboles ú otros obstáculos de esta índole, como lo hicieron los españoles cuando, en nuestros tiempos, derrotaron á los franceses en Ceriñola, en el reino de Nápoles. Se ha visto muchas veces, teniendo las mismas tropas, convertirse un ejército de vencido en vencedor, con sólo variar el sitio y el orden de batalla. Así sucedió á los cartagineses, quienes, derrotados varias veces por Marco Régulo, fueron al fin victoriosos, cuando, por consejo del lacedemonio Xantippo, bajaron á la llanura, donde con su caballería y sus elefantes vencieron á los romanos.

He observado en la historia de los generales más célebres que, al ver reforzar al enemigo un lado de su línea de batalla no le han opuesto la parte más fuerte, sino la más débil de la suya, situando la de mayor fuerza frente á la enemiga que lo es menor. Comenzada la batalla ordenaban que la parte de su línea más fuerte se limitara á sostener el choque, sin atacar á los contrarios y á las más débil que se dejará vencer, retirándose á la última línea del ejército. Esta maniobra ocasiona dos grandes daños al enemigo: uno el quedar envuelta la mejor parte de su ejército, y otro que, creyendo inmediata la victoria, casi siempre se desordena, precipitando su ruina. Cornelio Scipión, cuando guerreaba con el cartaginés Asdrúbal en España, ponía ordinariamente las legiones, sus mejores tropas, en el centro de la línea de batalla; pero supo que Asdrúbal

había tenido noticia de ello y quería imitarle, y al preparar una nueva batalla, situó las legiones en los extremos de su línea y en el centro sus tropas más débiles. Ordenó á éstas avanzar despacio y á las de los extremos adelantarse rápidamente. Empeñado el combate en los extremos de las líneas, sin llegar á las manos los que ocupaban el centro y se mantenían á bastante distancia, alcanzó Scipión, por emplear sus mejores tropas contra las peores del enemigo, brillante victoria.

Esta estratagema, provechosa entonces, no lo sería ahora á causa de la artillería, porque el espacio que separase el centro de ambas líneas permitiría disparar los cañones repetidas veces, cosa muy perjudicial, como antes he dicho. Hay, pues, que renunciar á esta maniobra y proceder como he explicado, empeñando el combate en toda la línea y haciendo ceder á la parte más débil.

El general que dispone de fuerzas superiores á las del enemigo, si quiere envolverlo sin que éste lo advierta á tiempo de poderlo evitar, formará su ejército con igual frente que el contrario, y, empeñada la lucha, procurará que poco á poco se retire el centro y avancen los extremos, con lo cual el enemigo quedará en vuelto, sin poderlo sospechar ni evitar.

Quien quiera dar una batalla con la casi certeza de no ser derrotado, coloque su ejército en donde tenga refugio inmediato y seguro, como un terreno pantanoso, una montaña ó una plaza fuerte. En tal caso el enemigo no puede seguirle, aunque venza, y en cambio, si no triunfa, será perseguido. A este recurso apeló Aníbal cuando empezó á serle contraria la fortuna y temía el valor de Marco Marcelo.

Para desordenar las líneas enemigas han apelado algunos á que las ataquen las tropas ligeras, y, empezada la batalla, se retiren á sus puestos. Después, cuando

ambos ejércitos vienen á las manos y la lucha se generaliza, las hacen salir por los flancos y acometer de nuevo al enemigo, desordenándolo y venciéndolo. El que es inferior en caballería, además de los recursos ya dichos, tiene el de poner detrás de sus caballos un batallón de picas y ordenar que, empeñado el combate, abra paso la caballería á las picas, con lo cual dominará siempre al enemigo. Otros, finalmente, adiestran algunos soldados de infantería á combatir entre los caballos, siendo poderoso auxilio para la caballería.

De todos los generales, los más elogiados por la manera de disponer sus ejércitos para dar batalla, son Aníbal y Scipión, cuando combatieron en Zama. Aníbal mandaba un ejército formado de cartagineses y auxiliares de varias comarcas. Puso al frente de él ochenta elefantes, detrás de ellos á las tropas auxiliares, seguidas de los cartagineses, y en último lugar á los italianos, de quienes desconfiaba. Ordenó así el ejército porque teniendo los auxiliares delante al enemigo y á la espalda á los cartagineses, no podían huir, y obligados á pelear, habían de rechazar ó al menos cansar á los romanos. Hecho esto con sus tropas frescas, alcanzaría fácilmente la victoria contra un enemigo ya fatigado. Frente al ejército de Aníbal dispuso el suyo Scipión colocando los astarios, los príncipes y los triarios según la costumbre romana, para concentrarse unas líneas en otras y apoyarse mutuamente. En el frente de su línea de batalla hizo muchos intervalos, y para que no los viera el enemigo y creyese sólidamente unida toda la línea, los cubrió con vélites, ordenándoles retrocedieran al acercarse los elefantes, y por los intervalos ordinarios de las legiones se pusieran detrás de ellas, dejando paso á los elefantes; así se libró de la impetuosidad de estos animales y, al llegar á las manos, logró la victoria.

Zanobi.—Al hablarnos de esa batalla me habéis hecho recordar que Scipión, durante el combate, no mandó retirar la línea de los astarios para incorporarla á la de los príncipes, sino la dividió, colocando cada parte en los extremos de la línea de batalla y dejando así espacio á los príncipes para que avanzaran. ¿Queréis decirme la causa de no observar en este caso la habitual ordenanza?

Fabricio.—Os lo diré. Lo mejor de su ejército lo había puesto Anníbal en la segunda línea, y Scipión, para oponerle también en su segunda línea una fuerza igualmente sólida, unió los príncipes y los triarios, colocando éstos en los intervalos de la línea de aquéllos, y no quedando, por consiguiente, espacio para recibir á los astarios; por eso los dividió y puso á los extremos de la línea. Esta maniobra de abrir la primera línea para dejar espacio á la segunda, no debe practicarse sino cuando se ha adquirido gran superioridad, pues sólo entonces se hace fácilmente, como lo hizo Scipión. Si se intenta cuando la primera línea está desordenada ó es rechazada, ocasiona inmediata derrota; por ello conviene tener siempre detrás de la primera línea otras que la apoyen y donde los soldados de aquélla puedan refugiarse.

Pero volvamos á nuestro asunto. Los antiguos pueblos de Asia usaban, entre otras pesadas máquinas para ofender al enemigo, unos carros á cuyos lados ponían hoces, de modo que, no sólo servían para romper con su ímpetu las filas, sino también para matar con las hoces á los adversarios. Para defenderse de éstos carros se empleaban varios medios: ó hacer el frente de batalla muy denso para resistir su ímpetu, ó dejarles paso franco, como á los elefantes, ó emplear algún recurso extraordinario, como el practicado por el romano Sila contra Arquelao, que disponía de muchos de estos

carros armados de hoces. Para contener su ímpetu mandó Sila clavar estacas en tierra al frente de su línea de batalla, y, tropezando en ellas los carros, perdían su impetuosidad. Conviene saber que Sila ordenó su ejército en este caso de distinta manera que la acostumbrada, pues puso á retaguardia los vélites y la caballería y al frente á todos los armados con armas pesadas, dejando entre ellos intervalos para que, si era preciso, avanzaran los de detrás. Empeñado el combate, alcanzó la victoria valiéndose de la caballería, á la cual abrió paso oportunamente.

Para desordenar al enemigo durante la lucha es preciso hacer algo que le asuste, ó anunciar la llegada de nuevos refuerzos, ó imaginar algún ardid que aparente recibirlos, de modo que, engañado por la apariencia, se atemorice y sea fácil vencerlo. Estas estratagemas las emplearon los cónsules Minucio Rufo y Acilio Glabrió. También Cayo Sulpicio hizo montar á los mercaderes y logreros que seguían al ejército en mulos y otros animales inútiles para pelear, pero formados de modo que asemejaban un cuerpo de caballería y les mandó presentarse sobre una colina, mientras él luchaba con los galos, logrando con este ardid la victoria. Lo mismo hizo Mario cuando combatía contra los teutones.

Si los ataques simulados son muy útiles mientras dura el combate, mucho más aprovechan los verdaderos, sobre todo cuando se cae de improviso en medio de la lucha sobre la retaguardia ó los flancos del enemigo, cosa difícil si el terreno no ayuda, porque si es abierto, no podéis ocultar los movimientos de parte de vuestras tropas, como conviene para esta maniobra; pero si es montuoso ó cubierto de árboles, y, por tanto, á propósito para emboscadas, muy bien podéis ocultar algunas fuerzas para atacar al enemigo por sorpresa, lo cual siempre será un medio de vencerle.

A veces ha sido muy oportuno durante la batalla hacer correr la noticia de la muerte del general enemigo ó de la derrota de una parte de su ejército, debiéndose á este recurso el salir victorioso. Desordénase fácilmente la caballería enemiga oponiéndole animales que desconozca ó con cualquier ruido extraordinario. Lo consiguió Crespo presentando sus camellos delante de la caballería enemiga y Pyrro sus elefantes para contrarrestar la caballería romana, pues el aspecto de estos animales la atemorizó y desordenó. En nuestros tiempos los turcos han vencido al Sofí de Persia y al Soldán de Siria únicamente con los disparos de las armas de fuego, cuyo estrépito, nuevo para ellos, dispersó su caballería y produjo su derrota. Los iberos, para vencer el ejército de Amílcar, pusieron al frente del suyo carros llenos de hierbas secas y arrastrados por bueyes. Al comenzar la batalla encendieron las hierbas, y huyendo los bueyes de las llamas, penetraron en el ejército de Amílcar y lo desorganizaron. Procurase engañar al enemigo atrayéndole á las emboscadas, según hemos dicho, cuando el terreno es á propósito para prepararlas, y aun en las llanuras han empleado algunos el medio de abrir zanjas, cubriéndolas ligeramente con ramaje y tierra y dejando entre ellas intervalos por donde se retiran las tropas una vez empeñado el combate. Persiguiéndolas el enemigo, cae en las zanjas y es vencido.

Si comenzada la lucha ocurre algún accidente á propósito para asustar á vuestros soldados, es convenientísimo saberlo ocultar y aun convertirlo en algo beneficioso, como hicieron Tulio Ostilio y Lucio Sila. Al ver aquél, durante una batalla, que algunas de sus tropas se pasaban al enemigo, cosa que había atemorizado extraordinariamente al ejército, en seguida hizo correr la voz de que lo hacían por su orden, y así logró

quitar el miedo á sus soldados é infundirles tanta confianza, que resultaron victoriosos. Sila ordenó á algunos soldados realizar una empresa en que perecieron, y para que su muerte no intimidara al ejército, dijo que les envió y puso en manos del enemigo porque sabía que no eran fieles. Mientras daba Sertorio una batalla en España mató á uno de los suyos, al notificarle la muerte de uno de sus generales, por temor de que, repitiendo la noticia, hiciera cundir el pánico.

Es por demás difícil contener á un ejército que empieza á huir y hacerle volver á la lucha, é imposible si la huida es general. Sólo en el caso de limitarse á algunas tropas cabe poner remedio. Muchos generales romanos evitaron derrotas poniéndose delante de los que huían y avergonzándoles por esta acción, como lo hizo Lucio Sila al ver que algunas de sus legiones, rechazadas por las tropas de Mitrídates, volvían la espalda al enemigo. Puesto ante ellas con la espada en la mano, gritó: «Si alguien os pregunta dónde habéis abandonado á vuestro general, contestad: le dejamos combatiendo en Beocia.» El cónsul Atilio opuso á los fugitivos los que habían permanecido en su puesto é hizo saber á aquéllos que, si no volvían al combate, serían muertos por los suyos y por los contrarios. Al saber Filippo de Macedonia el miedo que á sus soldados inspiraban los escitas, puso á retaguardia del ejército un cuerpo de caballería de su completa confianza con orden de matar á los fugitivos. Prefirieron los soldados morir combatiendo á morir huyendo, y vencieron á los escitas. Finalmente, muchos generales romanos, no por impedir la fuga, sino por enardecer á sus soldados, en medio del combate tomaban una bandera, y arrojándola entre los enemigos, prometían premio al que la recobrara.

No creo fuera de propósito añadir á lo dicho algo de las consecuencias de las batallas, máxime siendo cosa

breve, digna de atención y propia de este asunto. Las batallas se ganan ó se pierden. En el primer caso se debe proseguir la victoria imitando á César y no á Aníbal, que, por detenerse en Canas después de derrotar á los romanos, perdió la ocasión de apoderarse de Roma. César, al contrario, alcanzada la victoria, no des-cansaba, sino perseguía al enemigo con mayor furor é impetuosidad que durante el combate. En el segundo caso, es decir, cuando se pierde la batalla, debe el general examinar si puede sacar algún partido de la derrota, sobre todo cuando le quedan restos de su ejército. En estos casos es oportuno aprovechar la negligencia del enemigo que, casi siempre, después de la victoria, se entrega á ciega confianza y da ocasión á que le ataquen con éxito. Así destruyó el romano Marcio los ejércitos cartagineses que, después de la muerte de los dos Scipiones y de derrotados sus ejércitos, ningún caso hacían de los que quedaron vivos á las órdenes de Marcio, con los cuales atacó y derrotó á sus contrarios. No hay empresa tan fácil de ejecutar como la que el enemigo cree irrealizable, y las más veces daña á los hombres lo que menos temen.

Si el general vencido no puede apelar á este recurso, debe ingeniarse á fin de disminuir en lo posible el daño de la derrota. Al efecto procurará impedir que el enemigo le persiga fácilmente y aun hará algo que le obligue á retardar la persecución. Para lo primero algunos generales, al conocer que la batalla se perdía, dieron órdenes á los jefes para retirarse por diversos puntos, diciéndoles el sitio donde todos habían de reunirse, y con esto consiguieron que el enemigo, temeroso de dividir sus fuerzas, dejara marchar á todos ó al mayor número sin hostilizarles. Para lo segundo, muchos han arrojado ante el enemigo sus objetos de mayor valor á fin de que, entretenido en coger botín, deje más tiem-

po á la fuga. Tito Dimio empleó con gran astucia un medio para ocultar al enemigo el daño que había sufrido en una batalla. Estuvo combatiendo hasta la noche con grandes pérdidas, y durante la obscuridad hizo enterrar la mayoría de los muertos. Los enemigos, al ver al día siguiente tantos muertos de los suyos y tan pocos de los romanos, creyeron que la desventaja estaba de su parte y se retiraron.

Paréceme que, si bien algo confusamente, como anuncié, he contestado á vuestras preguntas; faltame decir, respecto á la formación del ejército, que alguna vez y algunos generales la han hecho en figura de cuña, creyendo que así romperían más fácilmente las líneas enemigas. Para contrarrestar esta formación se ha ideado otra figurando unas tijeras abiertas, en cuya abertura se recibe el ataque de la cuña, rodeando y combatiendo por todas partes á los que la forman. A este propósito os recomendaré, como máxima de aplicación general, que el mejor remedio á cualquier intento del enemigo es hacer voluntariamente lo que pretende que hagáis á la fuerza, porque así lo hacéis con orden y provecho y en perjuicio suyo, y, de lo contrario, quedaríais perdido. En apoyo de esto repetiré algo ya dicho: ¿Forma el contrario su ejército en cuña para romper vuestras líneas? Pues si las abris al atacarle, no consigue su objeto y desordenáis las suyas. Puso Aníbal elefantes al frente de su ejército para desorganizar el de Scipión y le atacó éste en orden abierto, asegurando su victoria y la derrota de Aníbal: colocó Asdrúbal en el centro de su línea sus mejores tropas para rechazar las de Scipión, y éste ordenó ceder á las del centro de su ejército, derrotando así al enemigo. Todas estas disposiciones extraordinarias son, por consiguiente, ocasión de vencer para el que sabe prevenirlas.

Réstame deciros, si mal no recuerdo, las precauciones que debe tomar un general antes de dar la batalla. Primeramente no ha de empeñarla nunca sino con manifiesta ventaja ó forzado por la necesidad. La ventaja la produce el sitio, la organización ó el tener más ó mejores tropas; la necesidad nace de resultar un mal mayor si no se combate, como si, por falta de pagas, se va á disolver vuestro ejército, ó si le amenaza el hambre, ó si el enemigo aguarda refuerzos. En tales casos siempre se debe combatir, aunque sea con desventaja, por ser mejor acudir á la suerte de las armas, la cual puede ser favorable, que esperar inactivo la segura ruina; y tan grave falta comete en este caso un general no combatiendo, como si, teniendo ocasión de vencer, no la conoce por ignorancia ó no la aprovecha por cobardía.

Las ventajas las proporciona unas veces el enemigo y otras la propia prudencia. Muchos han sido derrotados al pasar un río por un enemigo muy inferior en número que ha esperado estuviere la mitad del ejército contrario en cada orilla para atacarle, como hizo César contra los helvecios, destruyéndoles la cuarta parte de su ejército, dividido por un río. Encuéntrase á veces el enemigo fatigado por haberos perseguido de prisa y largo tiempo, y estando vuestras tropas frescas y descansadas, no debéis desperdiciar la ocasión de atacarle. Si el enemigo presenta la batalla muy de mañana, debéis no salir del campamento en algunas horas, y cuando ha estado algún tiempo sobre las armas, y perdido el ardimiento con que venía, podéis combatirle. A este recurso apelaron Scipión y Metelo en España, el uno contra Asdrúbal y el otro contra Sertorio. Si el enemigo disminuye sus fuerzas por dividir el ejército, como hicieron los Scipiones en España ó por algún otro motivo, debe intentarse la batalla.

La mayoría de los generales prudentes prefieren recibir el choque del enemigo á atacarle con ímpetu, porque las tropas sólidas resisten el primer ataque, por furioso que sea, y, resistido, el furor se convierte fácilmente en desaliento. Así lo hizo Fabio contra los samnitas y contra los galos y salió victorioso, mientras su colega Decio, por realizar lo contrario, perdió la vida. Otros generales, por temer el valor del enemigo han comenzado la batalla á la caída de la tarde para, si eran vencidos, salvarse gracias á la obscuridad de la noche. Sabiendo otros que el ejército enemigo tenía la superstición de no pelear en tal ó cual día, lo han elegido para el ataque y han triunfado. Esto hicieron César en las Galias contra Ariovisto y Vespasiano en Siria contra los judíos.

La advertencia más útil é importante para un general consiste en que tenga junto á sí hombres fieles, prudentes y peritísimos en la guerra, de quienes continuamente se aconseje respecto de su ejército y del enemigo, sobre cuál sea más numeroso, cuál esté mejor armado ó tenga mejor caballería ó más práctica en las maniobras, ó resista mejor el trabajo; ó entre la caballería y la infantería cuál merece más confianza. Después examinará el sitio en que se encuentra; si es más favorable al enemigo que á él; quién podrá tener más cómodamente los víveres y si conviene evitar la batalla ó darla; lo que se debe esperar ó temer de alargar la guerra, porque muchas veces su prolongación aburre á los soldados y las fatigas y el tedio les hacen desertar. Importa, sobre todo, saber quién es el general enemigo, quiénes le aconsejan, si es temerario ó cauteloso, tímido ó audaz. Conviene ver hasta dónde podéis fiaros de las tropas auxiliares, y es esencial no dar batalla con un ejército temeroso del enemigo ó que por cualquier concepto desconfíe de la victoria, porque

los que creen no poder vencer, antes de pelear están vencidos. En tal caso se debe evitar la batalla y hacer como Fabio Máximo, que, acampando en posiciones muy fuertes, quitaba á Anníbal los medios de atacarle; y si temierais que aun en tales posiciones irá á atacaros el enemigo, abandonad la campaña y distribuid las tropas entre las plazas fuertes, para fatigarlo en los asedios.

Zanobi.—¿No se puede evitar la batalla más que distribuyendo el ejército en las plazas fuertes?

Fabricio.—Creo haberos dicho ya que un ejército en campaña no puede evitar la batalla si el enemigo se empeña en combatir de cualquier modo. El único remedio es estar constantemente apartado de él lo menos cincuenta millas, para tener tiempo de retirarse, cuando el contrario vaya en su busca. Fabio Máximo jamás esquivó la batalla contra Anníbal, pero quería darla donde le fuera ventajoso el sitio y Anníbal no esperaba poderlo vencer en las posiciones donde acampaba; de creer lo contrario y desear combatir, Fabio se viera en la precisión de batallar ó huir. Filipo, rey de Macedonia, el padre de Perseo, estando en guerra con los romanos se situó en una altísima montaña para evitar la batalla, pero éstos fueron á la montaña y le derrotaron. Vercingétorix, jefe de los galos, por no batallar con César, que, contra lo que aquél esperaba, habia pasado un río, se alejó con su ejército muchas millas. Si los venecianos en nuestros tiempos no querían pelear con el rey de Francia, tampoco debieron esperar á que el ejército francés pasara el río Adda, sino apartarse de ellos, como se apartó Vercingétorix; pero perdieron el tiempo esperando, no aprovecharon el momento del paso del río para dar la batalla ni supieron evitarla, pues, al levantar el campo para retirarse, estaban ya tan cerca los franceses, que les atacaron y derrotaron. Repi-

to, pues, que no se puede evitar una batalla cuando el enemigo quiere darla á toda costa; y no se cite el ejemplo de Fabio Máximo, porque en este caso tanto él como Anníbal esquivaban combatir.

Ocorre muchas veces que los soldados desean pelear y el general, por lo numeroso que es el enemigo, ó por la posición que ocupa, ó por otro cualquier motivo, comprende la desventaja para la lucha y necesita quitarles aquel deseo. Sucede también que la necesidad ó la ocasión os obliga á luchar, y que vuestros soldados están desconfiados y poco dispuestos al combate. En el primer caso es preciso asustarlos y en el segundo enardecerlos. Si para lo primero no bastan las persuasiones, el medio más eficaz consiste en sacrificar algunos soldados haciéndoles atacar al enemigo, porque de este modo los que entran en acción y los que no han combatido os creerán. También puede hacerse premeditadamente lo que, por acaso, sucedió á Fabio Máximo. Deseaba, como sabéis, el ejército de Fabio combatir con el de Anníbal, é igual deseo mostraba el jefe de su caballería; Fabio no quería dar la batalla, y esta diferencia de opinión les hizo dividir el ejército. Fabio contuvo á los suyos en el campamento y el general de la caballería atacó á los cartagineses, corriendo gran peligro y no siendo derrotado por el oportuno auxilio de Fabio. Este ejemplo demostró al jefe de la caballería y á todo el ejército que lo más atinado era obedecer á Fabio. Para enardecer á los soldados hay que irritarles contra el enemigo, repitiéndoles frases ofensivas y ultrajantes que éste diga de ellos, hacerles creer que estáis en inteligencia con él, y que una parte se ha vendido. Conviene acampar al alcance de los contrarios y tener con ellos algunas escaramuzas, porque lo que diariamente se ve, con facilidad se desprecia; mostrar, en fin, viva indignación reprobándoles en una arenga preparada al

efecto su cobardía, y, para avergonzarles, decirles que, si no quieren seguimos, iréis solos á combatir al enemigo. Si queréis que los soldados se porten como bravos en la batalla, es de todo punto indispensable no permitirles, hasta terminar la campaña, enviar á sus casas el botín cogido ó depositarlo en algún sitio, para que sepan que, si huyendo salvan la vida, no salvan lo que poseen, por cuya defensa pelean á veces con tanta obstinación como por la vida.

Zamobi.—Decís que con arengas se puede obligar á combatir á los soldados. ¿Las arengas deben dirigirse á todo el ejército, ó sólo á los jefes?

Fabricio.—Persuadir ó disuadir á pocos de alguna cosa es muy fácil porque, si no bastan las palabras, podéis emplear la autoridad de la fuerza. La verdadera dificultad consiste en destruir en el ánimo de la multitud un error funesto y pernicioso para el bien común ó contrario á vuestra opinión, pues en este caso sólo puede usarse de la palabra, y, para convencer á todos, preciso es que llegue á sus oídos. Necesitaban, pues, los grandes generales de otros tiempos ser buenos oradores, pues, sin saber hablar á todo el ejército, con dificultad puede hacerse cosa buena. Este es uno de los méritos que ya no existen. Leed la vida de Alejandro Magno y veréis cuantas veces le fué preciso arengar y hablar públicamente á su ejército; de otra suerte no consiguiere que le siguiesen soldados á quienes el botín había hecho ricos, por los desiertos de Arabia y por la India con tantas fatigas y peligros. Infinitas veces ocurren cosas mediante las cuales se arruina un ejército cuando el general no sabe ó no acostumbra á arengarle, pues las palabras disipan el temor, enardecen los ánimos, alientan la obstinación, descubren las celadas del enemigo, prometen recompensas, muestran los peligros y el modo de evitarlos. Con ellas se reprende, se ruega,

se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan ó encienden las pasiones humanas. El príncipe ó república que determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar á los soldados á oír las arengas del general y al general á saber hablarles.

En la antigüedad valía mucho para tener obedientes á los soldados la religión y el juramento que prestaban al ir al ejército, porque estaban amenazados por sus faltas, no sólo con los castigos que pudieran imponerles los hombres, sino además con el de los dioses. Este recurso, unido á otras costumbres religiosas, facilitó muchas veces á los generales en la antigüedad la realización de sus empresas, y producirá los mismos resultados donde se conserve el temor y respeto á la religión. De ella se valía Sertorio persuadiendo á los suyos que hablaba con una cierva, la cual le prometía de parte de los dioses la victoria. Sila figuraba hablar con una imagen que sacó del templo de Apolo. Muchos han asegurado que se les apareció en sueños Dios para determinarles á combatir; y en tiempo de nuestros padres, el rey de Francia Carlos VII, en la guerra que mantuvo contra los ingleses, aseguraba seguir los consejos de una doncella enviada de Dios, que en todas partes se la llamaba la doncella de Francia y que fué la causa de sus victorias.

Aprovecha también emplear recursos para que vuestros soldados desprecien al enemigo: tal fué el del espartano Agesilao, quien enseñó á sus tropas algunos persas desnudos para que, al ver sus delicados miembros, no les inspirasen temor alguno. Otros generales, obligados á dar la batalla, privan á su ejército de toda esperanza de salvación que no sea la victoria. Esta determinación es la mejor y más segura para que los soldados se obstinen en vencer al enemigo, obstinación

que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor á la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general: el amor á la patria lo da la naturaleza y el general se atrae el cariño de los soldados por su valor y pericia, mejor que por cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen á combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue á vencer ó morir.

LIBRO QUINTO

SUMARIO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo.—Procedimiento de los romanos.—Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia ó por los flancos.—Método de los romanos digno de imitación en la actualidad.—Ejército cuadrado.—Su descripción conforme al diseño del autor.—La caballería ha de ponerse, ó á retaguardia, ó en los flancos.—Los furgones y los desarmados en la plaza ó espacio interior del cuadrado.—Manera de defenderse de un ataque tumultuoso.—Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército.—Este puede caminar por vía abierta de diez á veinte millas diarias.—Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente.—Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo ó por el derecho, ó por ambos ó más lados.—Ejercicios para acostumar á los soldados á organizarse en la formación cuadrada.—Ordenes militares con toques de trompeta ó con la voz.—Soldados que trabajan como gastadores y explanadores.—Manera de proveerse de viveres los ejércitos antiguos.—En qué se debe imitar.—Presas y contribuciones.—Procedimiento laudable de los romanos en este punto.—Emboscadas.—Se cae en ellas de dos modos.—Cómo se evitan.—Necesidad del mapa geográfico del país enemigo.—Conocimiento del terreno.—Cómo se consigue.—Exploradores y guías.—Varias advertencias para caminar por tierra enemiga.—Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río.—Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingétorix.—Regla para conocer los vados.—Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas.—Ejemplo de L. Minucio en Liguria.—Estratagema de Marco Antonio contra los parthos.

Fabricio.—Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla á otro puesto á su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta